



*Las aventuras de*

# **El Genio Proscenio**

## **Córdoba, un bello Sueño**



MERCÉ VIANA

 DYLAR

6



**C**omo cada sábado, después de desayunar, Lucía y Víctor fueron al parque de su pueblo con Topi.

Topi parecía que lo supiera porque, apenas amanecía el sexto día de la semana, se dirigía a los dormitorios de sus amos con la intención de recordarles cuál era su obligación.

—¡Topi! ¡Déjame dormir, por favor, que aún es pronto! ¡Anda, vete a tu rincón! —le decía Víctor.

Pero el perro, sin hacerle el menor caso, dejaba el dormitorio para entrar en el de Lucía. Se le acercaba a la cara y, después de un lametón tan sólo com-

parable a una ola gigante, la niña, sin apenas abrir los ojos, decía medio dormida:

—Pero que asqueroso eres, Topi. Sabes que no me gustan tus babas y cada sábado me haces lo mismo. No me voy a levantar y ahora vete, pesado.

El perro, sin darse por vencido, comenzaba a ladrar recorriendo toda la casa, hasta que el vozarrón de Juan, padre de las criaturas, se dejaba oír de mala gaita:

—¡Chucho! O dejas de ladrar inmediatamente o te lanzo por la ventana.

Y el efecto era inmediato. Topi se unía al silencio de la madrugada y esperaba pacientemente a que las tareas cotidianas de los sábados cobraran vida en el hogar.

A partir de las ocho de la mañana, las duchas se ponían en funcionamiento y, poco después, Topi tenía que sufrir las miradas severas de los padres primero y de los niños un rato más tarde.

—¡Cada semana lo mismo!

—¡Eres un perro impertinente!

—¡A ver cuando aprendes a esperar, so bobo!

—Si el próximo sábado me vuelves a lavar la cara con tus asquerosas babas, te sacaré una hora más tarde...

Topi, que entendía perfectamente lo que le decían, se estiraba sobre el suelo y se tapaba los ojos con las patas delanteras. Sus amos lo seguían mirando, ahora con menos severidad, y exclamaban:

—No te hagas el gracioso, no

—¡Eres un payaso!

—Lo de impertinente, no lo cambio...

—Me tendré que poner una careta para dormir...

Normalmente, Topi se quedaba quieto y procuraba ganarse el perdón con su silencio. Sin embargo, el sábado que nos ocupa no fue así. Poco después de recibir las protestas fuertes y las menos fuertes, el perro comenzó a pasear de

manera inquieta. Ya se detenía en cualquier rincón para oler como un poseso, ya reiniciaba sus paseos nerviosos.

Lucía, que lo conocía muy bien, comenzó a preocuparse. Aquel comportamiento no era normal.

—¿Le pasará algo, papá? —preguntó.

—¿Qué le va a pasar? Tendrá ganas de visitar sus árboles para regarlos... —le contestó con un poco de sorna.

—Es que nunca lo he visto tan alterado —comentó la muchacha.

—Será que anoche bebió mucha agua y ahora... —dijo Víctor uniéndose a su padre.

—¿Es que no sabéis decir otra cosa? —preguntó su hermana.

—Igual tienen razón —añadió la madre—. Por si acaso, terminad pronto de desayunar y sacadlo rápidamente. No quiero que nos ensucie el suelo.

—¡Qué exagerada eres, mamá! —protestó Lucía.

“Por si acaso” o no, aquella mañana de sábado, Víctor y Lucía sacaron a Topi antes de lo habitual.

Para sorpresa de los niños, el perro apenas se detuvo en los árboles y cuando llegaron al parque, se sentó tranquilamente junto a uno de los bancos mirando a su alrededor mientras hacía trabajar a su olfato con intensidad.

—Este perro está raro —dijo la muchacha.

—Topi, ¡muévete o volvemos a casa, so ganso! —exclamó Víctor.

De pronto, el muchacho notó un zumbido en la oreja izquierda y comenzó a dar manotazos con la intención de asustar al insecto que lo estaba molestando hasta que algo cayó al suelo y:

—¡Ay y reay!

Mientras a Víctor se le quedaba cara de bastos, Lucía y Topi dirigieron sus ojos al trocito de suelo que ocupaba aquella “cosa” parlanchina que había caído de la oreja del muchacho.

—Esa voz... —dijo Lucía.

—¡Guau au...! —ladró Topi.

—¡Ay, no! —exclamó Víctor sin disimular cierto temor.

De pronto:

—¡Ay, madre! ¡Ay, madre! ¡Ay, madre!... ¿Serás bruto, niño belicoso, con modales de oso?

Ante las miradas pasmadas de los dos hermanos, lo que parecía un pequeño y molesto insecto comenzó a crecer y a crecer hasta convertirse en un ser de tamaño normal.

—¡Proscenio! —soltaron los muchachos.

—¡Guaguau! —ladró Topi.

Efectivamente. La estrafalaria figura azul del genio Proscenio se encontraba ante ellos. Como siempre, su cabeza seguía rapada excepto un pequeño círculo justo en la misma coronilla de donde salían los cabellos rojizos atados con





una cinta dorada. Llevaba, como en las visitas anteriores, una larga túnica plateada adornada con numerosas G P de múltiples colores, dejando al descubierto tan sólo sus manos ensortijadas. Los pies, como siempre, no se le veían.

Sin embargo, algo había cambiado en su rostro. Uno de sus ojos estaba de color verde prado y su pupila daba vueltas sin cesar, como si fuera un satélite alrededor de algo invisible.

—¡Qué manotazo! ¡Qué manotazo! Esto ha sido más fuerte que un mazazo —exclamaba una y otra vez.

—Yo... lo siento, Proscenio... Si hubiera sabido que eras tú... pero, ¿cómo iba a pensar que ibas disfrazado de insecto? —dijo Víctor a modo de disculpas.

—¿Disfrazado de insecto? No me insultes, mocososo, o te convierto en un tiñoso. ¿Acaso no recuerdas, cabeza de chorlito, que cuando los genios viajamos

nos gusta disminuir de tamaño para tener menos resistencia al aire?

—¡Es verdad! Pero yo no te había visto... sólo notaba un zumbido que...

—¡Qué! ¡Qué! ¡Qué! La leche no es café... No sé si castigarte por haberme puesto así mi hermoso ojo o simplemente porque me da la gana, de la oveja se saca la lana —contestó Proscenio cruzándose de brazos.

Lucía, que ya no podía aguantar más sin decir palabra, se acercó al genio y dijo:

—¡Anda, Proscenio, no te enfades! ¡Con la alegría que nos has dado viniendo! ¿De verdad piensas que mi hermano querría hacerte daño? Pero si te admiramos un montón o ¿es que no lo sabes?

El genio arrugó la nariz durante dos segundos y, acto seguido, dijo:

—Eres una niña zalamera y casca-belera, pero bien y también. En fin, tiru-

rín, como soy tan generoso, dejaré pasar este suceso enojoso.

—¡Guay! —exclamó Lucía.

—¡Gracias! —dijo su hermano mientras lanzaba un suspiro de tranquilidad.

—¡Guau! —añadió el perro moviendo sus orejas en señal de alegría.

Proscenio alargó uno de sus brazos hasta la altura de Topi y le dijo sonriendo:

—¡Hola, canino! Sólo tú sabías que venía, ¿verdad? Eres más inteligente que estos zoquetes mozalbetes.

Víctor y Lucía se miraron con asombro mientras sacaban conclusiones:

—¡Por eso estaba tan inquieto!

—¡Por eso quería salir tan temprano de casa!

—¡Por eso lo olfateaba todo!

—¡Lo presentía!

Y, ante la mirada satisfecha del ge-

nio, los dos hermanos abrazaron a su perro.

Pasados unos segundos, soltaron a Topi. Lucía, comprobando que el ojo de Proscenio comenzaba a cambiar el color verde prado por el de un violeta estrellado, le dijo con preocupación:

—Proscenio, ¿Por qué no vamos a casa y te lavo el ojo con manzanilla?

El genio la miró como si la niña estuviera delirando y preguntó:

—¿Lavar un ojo, dices, con una pequeña manzana? No, nunca, jamás oí una insensatez tan insensata. ¿Serás ridícula?

—¡Oye, oye, sin insultar! ¿Eh? Cuando hablo de manzanilla, me estoy refiriendo a una hierba que utiliza mi madre para muchas cosas y una de ellas es para desinflamar los ojos...

Proscenio se dio cuenta de que había metido la pata y dando dos volteretas dijo con una risa forzada:

—¡Ja! ¡je! y ¡ji! Era una broma, cara de goma. Volved a casa, que yo os espero en la cocina.

—¡Pero que no te descubran mis padres! —dijo Víctor.

—¡Eso! —reafirmó la hermana.

—¡Guaaaau! —ladró Topi.